



Sermón de San Sebastián

XII

A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES
UN CANÓNIGO ACCITANO

Qui confitebitur me coram hominibus confitebor et ego
eum coram Patre meo qui in caelis est. Math. 10. 32.

El que me confesare delante de los hombres yo lo
confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Id.

AMADOS HERMANOS.

HAY una institución sobre toda otra, porque tiene hombres sobre todos los hombres.

En estos tiempos de tan crecida soberbia se ha propagado la existencia de los *superhombres* y de las naciones envidiables por su inimitable progreso, y todo lo que no era semejante a esos hombres y a esas naciones se miraba con desdén, y la gran perfección de esos individuos se cifraba en el burdo arte o ingenio que se necesita para inventar sistemas, mejor diré fábulas, en contra de la doctrina católica, y la perfección de tales naciones consistía en caminar de frente a la posesión de los bienes de la tierra, olvidándose y dando las espaldas a los bienes del cielo.

Entre tanto las naciones católicas, como nuestra sin igual España, eran menospreciadas por retrógradas, no se europeizaban, y por la Europa falsamente progresista llegó a decirse, tratando de motejar nuestra amadísima patria, que el África empezaba en los Pirineos. Pero todas esas arrogancias fraguadas en las soberbias inteligencias de los *superhombres* del naturalismo y del protestantismo no tardaron en fracasar, con ignominia de aquellos que las profirieron, siendo condenadas por el recto sentido a morir quemadas en la horrible pira de la pasada guerra la más bábara que han visto los siglos. Y es, mis amados hermanos, porque todas las instituciones humanas, que no viven del espíritu del único Salvador y perfeccionador de la sociedad, que es Cristo, podrán elevarse como los habitantes de Babel, sobre su tan conmemorada torre; podrán resplandecer, como la artística Grecia; podrán dominar al mundo, como Roma; pero esa elevación, esa claridad y ese poderío sucumbirán para no reaparecer jamás, efecto de la propia inconsistencia de su base.

En cambio, la Iglesia nuestra madre siempre permanece con su sello indefectible, por muy combatida que sea, como el arrecife en medio de las encrespadas olas de los mares, o como la estrella polar, guía segura que ofrece nuestro sistema astronómico a los que navegan por el mar de este mundo, encaminándolos derechamente al norte. La Iglesia es combatida con ciego encono, con hipócrita astucia, con ma-